

gencia para todo lo humano; en gracia de lo cual las mismas cosas se transfiguran con significados espirituales. El mundo de Alfonso Reyes está poblado de señales de comprensión que, entre burlas y veras, nos invitan al acercamiento cordial. Ello, en cuanto al mundo de lo exterior, que en el ámbito de la creación impera en su obra un sentido íntimo que organiza musicalmente las especies intelectuales.

El sentido de interioridad musical de las ideas en Alfonso Reyes, que corroboran su devoción por Mallarmé y Góngora, funde en una sola su personalidad poética, literaria y filosófica; y aporta un rico juego de armonías a su prosa, diáfana y apretada de intenciones ideológicas.

Su afán de perfección, en que se perfila un sentido de la existencia, no tiene los límites de la estatua, sino la fluída movilidad de la vida en que cada experiencia nos ofrece un deleite, un misterio por descifrar.

Es un espíritu que lleva al conjunto universal la experiencia de América en un hijo de México; y que realiza la vuelta del espíritu a sus lares patrios, suministrando un ejemplo y una indicación de la tarea por realizar en las más diversas dimensiones de la cultura hispano-americana.

Por su enorme y delicada aportación a la cultura universal, en letras castellanas; por su significación personal y por las luminosas lecciones humanas de su obra, alerta a las situaciones y actitudes del contorno social, Alfonso Reyes es símbolo de la inteligencia, de la esperanza y de la cultura de nuestra América.

RAÚL RANGEL FRÍAS

Prólogo a: *Alfonso Reyes. Datos Biográficos*. Universidad de Nuevo León.

Monterrey, 1955.

ALTITUD Y ACTITUD DE ALFONSO REYES

En estos días celebrará Alfonso Reyes sus bodas de oro con las letras. Escribir ha sido su vocación, oficio y destino. Niño aún empezó a sembrar de misteriosos signos cuanto papel le caía a mano. Abrió su diario al despuntarle la adolescencia. Eso fue allá por 1900. ¿Qué podría anotar, a esa edad, que tuviera auténtica relevancia? Apenas los sucesos trascendentales de su intrascendente vivir: "Y hoy tomé café con leche con bastante pan y mantequilla". El 28 de noviembre de 1905 alumbró en letra impresa su premonitorio ejercicio: tres bruñidos sonetos inspirados en un grupo escultórico de Cordier. "Yo —dirá luego— comencé escribiendo versos, y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin; según va la vida, al paso del alma, sin volver los ojos". Si su primer libro vió la luz en 1911, seis años antes se había ya desposado con la pluma, aún la lleva en ristre y jamás la rendirá hasta que los hados se la arrebaten. Y para esa pluma implume parece haber esculpido estas palabras Cide Hamette: "Para mí sola nació, y yo para ella; ella supo obrar y yo escribir; sólo dos somos para el uno".

Alfonso Reyes ha pasado ya por dos estaciones ubérrimas y está ancorado en la tercera con el huerto en sazón y el granero repleto. Desde el teocalli de sus libros, cien cuando menos, nos contempla hoy —frágil corazón encinta de primavera— esa ancianidad lozana, jovial y resplandeciente que trasmina juventud en perenne renuevo. Yo le sorprendí una vez como nos está ahora mirando desde su oratorio: en grato convivio con sus simpatías y sus diferencias, sus incunables y sus papeles, sus memorias y sus esperanzas; y a sus pies, entre tezontles y mármoles, y sobre deslumbrante zarape, la capa madrileña, el bastón de mariscal y el casco de emperador azteca.

De sus trabajos y sus días surgió esa obra vasta, protéica y unívoca en la que se reclina a dormir la siesta con la mente insomne. Laborero tenaz, temática innumerable, horizonte creciente: haciendo esa obra se hizo a sí mismo cabal hombre de letras. Pero si el alien-

to es cósmico y ecuménica la perspectiva, la solera es mexicana, el abono mestizo y criolla la uva. Vano fuera buscar en bodegas ultramarinas el leve —inconfundible— matiz de su vino. Español por la lengua en que se vierte y expresa con personales acentos, primores y luces, su sensibilidad es americana. En esa levedad del matiz está precisamente el secreto de su emancipación espiritual y de su soberanía literaria. “Advierto desde que piso tierra de España —observaría— que se apodera de mi mente un esfuerzo de traducción. ¡Y yo soy discípulo de las disciplinas lingüísticas del siglo de Oro! ¡Cuánto mayor no será el esfuerzo para cualquier hijo, plenamente dialectal, de mi pueblo!” Y agrega: “Me ocurre pensar que esta desviación dialectal puede servirnos de índice para ir construyendo una teoría de nuestra sensibilidad diferente, americana, y hasta —en mi caso— mexicana”. Pero sobre su mexicanidad universal y su universal mexicanismo volveré más adelante.

¿Poeta o ensayista? Ni uno ni otro: ambos. De aquí que por el verso le conozcáis la prosa y por la prosa el verso. La unidad de estilo, pensamiento y mensaje es perfecto en Alfonso Reyes. ¿Sabio? Sin duda, y mucho más que el Alfonso de las “Siete Partidas”. De su sabiduría podría decirse lo que Goethe de la de Humboldt: “Parece una fuente con muchos caños; corre inconteniblemente, y no necesitamos más que poner debajo una vasija”. De su plática salí yo una vez empapado de pies a cabeza: chorro fecundante en irisado despliegue de abanico. Cada varilla, una faceta: el poeta, el crítico, el filólogo, el erudito, el memorialista, el *gourmet*, el historiador, el geógrafo, el sociólogo, el filósofo; y, no obstante su cromática polifonía, limpia y fúlgida el agua del surtidor. Todos los Alfonso Reyes en un solo Alfonso Reyes.

Dejo a otros la seductora aventura de explorarle los ricos venenos al arcano hontanar y el arduo empeño —nigromancia y alquimia— de destilar el agua múltiple en concentrados pomos de esencias. Yo simplemente voy a referir, con obligados apremios, la historia de una vocación consciente de sus deberes y responsabilidades.

Al cabo, si bien se calibra, lo que más debe importar en un escritor es que oficio y conducta, letra y espíritu sean uno y lo mismo.

Si hay escritores en los que el pensamiento y la existencia van por caminos distintos y, a veces, contrapuestos, los hay así mismo en que la existencia prostituye el pensamiento y éste corrompe hasta lo más puro que roza. Vida y obra —pensamiento y existencia— se adunan ejemplarmente en Alfonso Reyes. Este los trasunta y se trasuntan en éste. No cabe, pues, en su caso, prescindir del hombre: parentalía, formación, acarreo, rutas, actitud, altitud. Ni tampoco de la obra, expresión del hombre, de su vida. “El arte de la expresión —ya él mismo lo dijo— no me apareció como un oficio retórico, independiente de la conducta, sino como un medio para realizar plenamente el sentido humano.” Ni Julien Benda ni Archibald McLeish podrían llamarlo al orden: su vocación literaria es compromiso ético y forma la más alta de vivir.

No es difícil seguir la trayectoria vital y literaria de Alfonso Reyes. Ya se encargó él de hacer el inventario de aquélla y de esclarecer sus experiencias. Manía de bojearse a sí propio, aducen algunos. Vanidad incoercible, refunfuñan otros. Ni vanidad ni manía: cosa de aseó y apetito de historia. En Monterrey, la más dinámica y laboriosa ciudad de México —milagro arrancado al desierto a puro coraje y ahincado esfuerzo— nació Alfonso Reyes el 17 de mayo de 1889. Su niñez discurrió a la sombra morada del cerro de La Silla, punto de arranque, según propia confesión, de toda su geografía y base de sus andanzas por el mundo. Noveno vástago de doce hermanos, fueron sus padres Bernardo Reyes, militar, político y escritor —“varón sin lágrimas”— y Aurelia Ochoa, mujer sensitiva y entera, “capaz de seguir a su Campeador por las batallas, o de recogerlo ella misma en los hospitales de sangre”. Oriundos de Jalisco, donde nadie pierde ni se raja, soldado y soldadera fueron también custodios celosos de la prole y esposos modelos. El general Reyes manejaba con pareja soltura el sable y la péñola. Su afición a las letras y artes lo impulsó a difundirlas y protegerlas. Julián Carrillo, creador del sonido 13, y Juventino

Rosas, autor del vals "Sobre las olas", le debieron apoyo y estímulo en los inicios de su carrera. Enamorado de la repujada prosa y del tónico idealismo de José Enrique Rodó, editó su sermón laico a la juventud hispanoamericana. Fue amigo de Rubén Darío, de Porfirio Barba Jacob y de Manuel José Othón. A este extravagante potosino y errabundo poeta le confió el padrinazgo literario de Alfonso. Pero de súbito el general Reyes se ceñía las espuelas y partía al galope, con Rodó en el arzón, ávido de proezas. Durante varios años fue aquel un hogar a caballo bajo el ala rutilante de Ariel. No olvidaría Alfonso Reyes este singular connubio de armas y letras y más de una vez se enorgullecerá melancólicamente al cotejarlo con su frecuente divorcio en nuestra América.

De su padre —"alegría torrencial, vitalidad gozosa de héroe que juega con la tormenta"— heredó Alfonso Reyes cuanto hay en él de Juan-que-ríe; y de la madre —don de lágrimas sofrenado por la lucidez y la zumba— el Juan-que-llo-ra y "cierta delectación morosa en la tristeza". Pero en esa herencia se cruzaron apolíneos influjos y dionisíacos ancestros: "castas, naciones, sangres y humores". Obra y actitud le delatan la mixtura: "¡Oh dioses! —exclama— ¿Tanta revoltura de atavismos será posible? Como si no fuera ya bastante que este pagano del Mediterráneo por afición se sienta asiático de repente, se le añadieron condimentos de Reyes, andaluces y manchegos, y de Ochoas, navarros, extremos y centro de Iberia; se arrojaron juntos en el crisol de la sustancia hispánica y la indígena americana, para que allá dentro sigan librando batallas Cortés y Cuauhtémoc, a la hora negra del insomnio (porque, dice el epigramatario, en México lo Cortés no quita lo Cuauhtémoc); se mezclaron salpimientas de Francia y del Pays Basque; y, en fin, las hogazas de Gerona, que por allí vínculo yo el nombre de Ogazón". De esa confusión de naciones, sangres, castas, humores y aliños salió indemne por haberla aceptado como dato previo y la redimió por la cultura y el verbo, abarcadores de orbes a partir de los orígenes. No en balde sentenció Unamuno que por ser muy de la Mancha pudo ser Don Quijote universal.

De los azares de la guerra y de los rigores del cuartel, el general Reyes saltó al cargo de gobernador del Estado de Nuevo León. Con puño suave, energía creadora y honradez acrisolada lo rigió durante algunos años, promoviendo su adelanto en todos los órdenes. En las postrimerías de su gobierno fue nombrado Secretario de Guerra y Marina, trasladándose a la capital con toda la familia. Once años ha cumplido ya Alfonso. El aire sutil de la meseta —la región más transparente del aire— le afinó el aliento y la nitidez de la atmósfera le abrigó las quimeras. Concluyó sus estudios primarios y efectuó examen de admisión a la Escuela Nacional Preparatoria. Tejió rimas a hurtadillas e inició su diario. Departía a menudo con el padre y muchas veces las del alba serían cuando abandonaba la lectura. Pero el General se cansó pronto del despótico estilo y del altanero talante de Porfirio Díaz y la familia retornó a Monterrey. En el Colegio Civil del Estado cursó el mozalbate año y medio de bachillerato.

En 1905, concluido ya su mandato y en abierto disenso con el dictador, a quien llegaría a discutirle la presidencia, el general Reyes se instaló en México. Años decisivos serán éstos para la formación del escritor y del hombre, que maduran en la vigilia, el estudio, la revolución y la tragedia.

José Vasconcelos, Julio Torri, Martín Luis Guzmán, Carlos González Peña, Alfonso Cravioto, Jesús T. Acevedo, Alejandro Quijano, Genaro Fernández Mac Gregor, Luis Castillo Ledón y Ricardo Gómez Robelo: que fueron sus amigos(casi todos sus mayores), se encontraron sin buscarse: la agonía de México los juntó. La imponente estructura del porfiriato comenzaba a agrietarse. El subsuelo hervía de miserias, afrentas, ansias y cóleras. Soplaban aires extraños. No eran vientos de fronda: eran vientos de pueblo decidido a rebelarse. Cierto es que aquellos jóvenes preferían, por educación y temperamento, la pugna de ideas en el ágora al zafarrancho en las serranías. Salvo José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán, ninguno era hombre de acción. Pero todos se enfrentaron al pasado y pusieron el hombro para acelerar el desplome. Se aprovecharían

del silencio de la paz porfiriana para templar los aceros espirituales que cruzarían invictamente con los espadones enmohecidos de los "científicos". No eran milites de ninguna organización política; pero tenían ostensibles puntos de contacto con el partido anti-releccionista y con el partido liberal. "Formaron —puntualiza José Alvarado— un grupo de conspiradores y combatientes contra los cuarteles culturales del porfirismo y fueron uno de tantos batallones de la revolución." Pero eso fué sólo parte de su quehacer. La generación del centenario echaría también las bases de la futura Facultad de Filosofía y Letras y los cimientos de la cultura contemporánea de México.

El Benjamín de esa generación era Alfonso Reyes. Luis G. Urbina y Enrique González Martínez los hermanos mayores, Justo Sierra el maestro distante y Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña los maestros cercanos. La prócer constelación se agrupó primero en torno a la revista "Savia Moderna", levantó tribuna propia en el Ateneo de la Juventud y fundó más tarde la Universidad Popular, "escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros". Austeridad, disciplina y perseverancia en el trabajo intelectual eran los timbres morales de aquella generación; y patriotismo escarmentado y curiosidad insaciable —nacionalismo y universalismo— las notas más acusadas de su actividad espiritual. El afán por el conocimiento de México y de la cultura hispanoamericana ocupó el primer plano de sus preocupaciones; y, a seguidas, con el amor a Grecia en algunos —particularmente en Alfonso Reyes— el interés "por la literatura clásica española, por las letras inglesas y francesas antiguas y modernas, por las últimas corrientes del pensamiento, por los nuevos métodos críticos filosóficos y literarios y por la integración de la disciplina cultivada en el cuadro general de las disciplinas del espíritu".

En diciembre de 1910, todavía en las calles los arcos triunfales erigidos por la dictadura para conmemorar el centenario de la independencia, se desbordó la disconformidad represada y México entró en revolución. Se derrumbaron ídolos, instituciones, valores, jerar-

quías y símbolos. Todo un orden social cayó verticalmente. Fué tan vasta y profunda la conmoción que la torrentera revolucionaria se salió de madre, expandiéndose con caótico ímpetu. El empeño original pareció atomizarse y cundió la confusión. Caudillos militares y caudillos civiles se disputaron en campos y ciudades la jefatura de la insurgencia. Los que ayer peleaban juntos ahora se exterminaban sin miramientos. El río revuelto proporcionó ganancias a los demagogos y barro a los filisteos. Aquéllos atizaron pasiones y discrepancias; éstos declararon guerra sin cuartel al espíritu. Tembloroso de ira lo rememoraría Alfonso Reyes: "¿Universidad, Altos Estudios, Facultades, Doctorados? ¿Traje de frac para un pueblo que anda descalzo? No, la cultura es aristocracia. ¡Abajo la cultura! Por respeto a los pies —nueva fábula de Menenio Agripa— querían cercenarnos la cabeza". Pero la torrentera revolucionaria volverá al cabo a su cauce y proseguiría su curso hasta imprimirle a México el vigoroso y estable perfil que hoy exhibe a la vera de sus volcanes amodorrados.

En 1911 se casó Alfonso Reyes; en 1912 le nació su primer y único hijo. Ya era abogado y profesor de lengua y literatura española en la Escuela de Altos Estudios cuando, en el mismo año de sus esponsales, se estrenó como autor con su libro "Cuestiones Estéticas", encomiásticamente prologado por Francisco García Calderón e impreso en París. Suscitó en unos asombro: "Sorpresa de la prematuridad". En otros, resentimiento: "Este Henríquez Ureña, con sus consejos nos ha matado en flor un poeta".

Por su vuelo y calado, "Cuestiones estéticas" era un libro adulto; y, por su contenido, un semillero de logros y perspectivas. En sus páginas aflora la preocupación mexicana y están ya en germen los derroteros cardinales de la obra posterior de Alfonso Reyes: clásicos griegos y españoles, teoría literaria y filosofía de la cultura, ensayo y narrativa, crítica y didáctica, filología y dramática, Goethe y Mallarmé. Eso explica la inusitada acogida que mereció en Europa y en México y la significación militar que reviste en la historia de su vocación: se adivina ya en proceso de cuaje la conciencia del oficio.

No le fue dable a Alfonso Reyes saborear las mieles de su primer triunfo literario. A poco muere de peritonitis. Vinieron "luego-luego" días amargos, duros, sombríos, terribles. En vez de Platón en la cabecera de la cama, un 30-30 debajo de la almohada, listo para defender la vida. Si de la venganza de don Porfirio había podido escapar el general Bernardo Reyes, no lograría evadir la *vendetta* revolucionaria. El 9 de febrero murió, con las botas puestas, frente al Palacio Nacional. Conturbado y dolido, Alfonso Reyes resolvió poner tierra y mar por medio y embarcó rumbo a Europa como segundo secretario de la Legación en París, "nombraimiento —apunta— con su poquillo de destierro honorable". El impacto psicológico del drama ensombrecerá, a veces, sus versos y sus prosas. Nunca, sin embargo, pondría su amargura ni su conciencia al servicio del porfirismo sobreviviente. Se sobrepuso a su desgracia y, en imperecedera lección, permaneció fiel al ideal revolucionario.

El mar. Europa. París. "Mi imagen de París, con la moda de aquellos días —anota en uno de sus ensayos— es cubista. Cierro los ojos y miro un París fragmentario, disperso en diminutos planos que no encajan unos en otros, como dividido y entrevisto por las cuatro patas de la torre Eiffel". La pupila de Alfonso Reyes se dilató súbitamente hasta los confines del mundo. En París vislumbraba un futuro cargado de promesas y de realizaciones. Pero la Legación fue disuelta al asumir la presidencia Venustiano Carranza y quedó fuera del servicio diplomático.

Estalló la guerra. Traspuso los Pirineos y se radicó en Madrid. Allí vivirá hasta 1924. Epoca fue ésta esencialmente integradora: sensibilidad, estilo, persona y saber alcanzarán plenitud de madurez. Universalizó su pensamiento, acendró su españolismo y afirmó su americanidad: redescubrió a México y alquitaró su mexicanismo en el alambique de la nostalgia. Afrontó estrecheces y privaciones sin empeñar su capa madrileña. En el Centro de Estudios Históricos, y bajo el magisterio de Ramón Menéndez Pidal, adquirió, junto a Federico de Onís, Américo Castro y Tomás Navarro Tomás, las más

finas y eficaces técnicas de investigaciones filológica y literaria. Colaboró en el diario "El Sol" y en la revista "España", que dirigía José Ortega Gasset. Fue el pionero de la crítica cinematográfica en nuestra lengua. Sus versos, artículos y ensayos le granjearon amigos y ensancharon su nombre. Azorín, Eugenio D'Ors, Juan Ramón Jiménez y Ramón María del Valle Inclán lo frecuentaban. Antonio Machado, Unamuno y Ortega Gasset lo distinguían. José Moreno Villa y Enrique Díez-Canedo compartieron fraternalmente sus ilusiones y sus agobios. Frecuentó el Ateneo. Era su secretario Manuel Azaña. Anudaron honda y perdurable amistad. De la estima que le tuvo como escritor da exacta medida este dictamen: "Pertenece a la gran familia de Quevedo". No fue menor el aprecio que le mereció el político: "Brava lección moral en que el hombre se levanta sobre los destinos mortales y se adelanta al juicio de la historia, dictándole de antemano la sentencia". En ese largo interregno publicó un rimerio, "Huellas", varios libros de ensayo, "El Suicida", "Cartones de Madrid", "El Cazador", "Simpatías y Diferencias", un fresco reverberante, "Visión de Anáhuac" y una tragedia, "Ifigenia Cruel", que "no es evocación del pasado o del ambiente geográfico, sino mitología del presente y descarga de un sufrimiento personal".

En 1924 regresó a México por unos meses. Sus treinta y cinco años de edad eran cifra de una vocación desvelada, de una conciencia alerta, de una sensibilidad exquisita y de un pensamiento cuajado. De sus compañeros de promoción —la mayoría dispersos y algunos a la greña— sólo él ha llevado "al máximo de sus posibilidades y a su mayor esplendor el espíritu del Ateneo".

En ese propio año inauguró propiamente el ciclo diplomático de su vida. Otra vez París. Nunca tuvo México personero tan empuinado y celoso de su soberanía. Dignidad y cultura. Era la suya "una diplomacia nueva y viva, en busca, como él dice, de la respiración internacional de México". Pero el diplomático no extravió, ni amputó, ni venció al escritor. Este siguió leal a sí mismo y laboró sin tregua. Su capacidad creadora adquirió ritmo vertiginoso. Ver-